

## DE LA LUZ

[אור - φῶς - lux - lumen]

## CAPÍTULO 9.º

La razón misma y el estudio atento de la sagrada filosofía enseñan claramente que la naturaleza de los cielos, de la tierra y de las aguas habría sido absolutamente oscura, invisible e inerte, si inmediatamente después no hubiera venido la luz, llamada a existir por mandato divino. Por ello, en el principio mismo, cuando fueron creados el cielo y la tierra, con anterioridad incluso a la existencia del día o de cualquier otro tiempo, surgió la luz, la primera entre todas las cosas que, según está escrito, fueron creadas por la palabra de Dios. En efecto, todas las cosas anteriores a la luz fueron creadas, pero está escrito que la luz existió por mandato de la palabra divina: **Dijo Dios: exista la luz y la luz existió** (Gén 1,3). Pero es ésta la creación más oscura y desconocida para los hombres, porque en qué modo Dios la proveyera, ni los libros sagrados lo dicen, ni quienes intentaron explicarlo lograron hacerlo con la suficiente claridad. Los teólogos, en efecto, a excepción de que queda excluida de la materia precedente, ninguna otra explicación saben dar. Consideramos, sin embargo, y tenemos por cierto que la sabiduría y voluntad divinas fueron el fundamento primero de la creación. Esto significa, efectivamente, en su sentido arcano, la expresión *en el principio*<sup>1</sup>, que la parábola jerosolimitana sabiamente interpreta por *en la sabiduría*. Mas, en qué modo o por qué razón esto haya sido así no se explica satisfactoriamente. Pero de lo que no cabe duda es que la creación de la luz se distingue de las demás cosas anteriores a ella en que es la primera que goza de la nota de la palabra de Dios y de la aprobación, también, del parecer divino: **Y vio Dios que la luz era buena** (Gén 1,4). Es cierto que la palabra de Dios asignó después a los cielos el lugar donde establecerse y la función que cumplir; pero su naturaleza se debe a la creación. Para significar esto, cantaba en algún lugar el profeta: **Por la palabra del Señor fueron afianzados los cielos, y todo su poder por el aliento de su boca** (Sal 33,6).

Así, pues, la luz es la primera que, existiendo en el mundo, oye la palabra divina; y, tal como se le ordena, comienza a existir; es la primera que se ofrece a sí misma para se la vea, se la juzgue y se le dé aprobación; es la primera que hace que las cosas comiencen oportunamente a distinguirse y separarse; la primera que muestra la utilidad de las proporciones, de los números, tiempos, órdenes y clases; la primera a la que le cabe en suerte un nombre preciso y propio en la naturaleza de las cosas; la primera que se apresta para regular los siglos; la primera, en fin, que proporciona los fundamentos para que cada cosa pueda conocerse, distinguirse y nombrarse.

Pero en los libros sagrados se nombra a luz de dos maneras. La primera es totalmente divina e inaccesible. Es la que habita Dios, y se la llama también espiritual. No tiene mezcla de tinieblas, ni por asociación, ni por sucesión, ni por cambio, **Pues en Dios no hay cambio o sombra de vicisitud** (Sant 1,17). De ésta está escrito: **Porque Dios es la luz y en Él no hay tiniebla alguna** (1Jn 1,15). De esta luz emanan todas las cosas que iluminan los espíritus bienaventurados y las mentes de los hombres, como está escrito: **Toda buena dádiva, todo don perfecto proviene de lo alto y descende del Padre de las luces** (Sant 1,17). Mas este asunto, contando con que Él nos ilumine, lo trataremos en otro momento con más amplitud y precisión.

La segunda luz es la que permite que puedan contemplarse toda variedad, belleza y figuras de la naturaleza. Pero ésta segunda procede de aquella primera luz divina, no por igualdad de naturaleza y dignidad, sino a modo de cierta semejanza en la eficiencia y bondad, y en representación arcana. La primera existió siempre. La segunda empezó a existir al comienzo de todos los tiempos y siglos, aportando convenientemente al universo creado un esplendor grande y un beneficio inmenso. También sobre esto, si Dios lo quiere, tenemos intención de tratar; pero será en otra ocasión.

Ahora nos vamos a dedicar al estudio del significado y uso de las palabras, para cuya explicación

---

<sup>1</sup>בראשית.

será conveniente considerar aquellas cosas que siguieron a la luz, cuando ésta empezó a existir en el mundo; es decir, en primer lugar, su existencia misma, esto es, su particular modo de venir a la existencia, distinto de la creación; [después], la observación que de ella se hizo, su aprobación, diferenciación, separación, distribución, número, orden, tiempo, razón y, finalmente, su nombre. En efecto, de este estudio atento de las cosas se desprende todo discurso relativo a la luz y el lumen. El discurso en cuanto tal considera las cosas generales o particulares, mas el significado de uno y otro término tiene que ver con el espíritu y el cuerpo respectivamente.

Hay que advertir que, en la lengua hebrea, uno es el significado de la luz y otro el del lumen, hecho éste, sin embargo, que las traducciones latinas no siempre toman en consideración<sup>2</sup>. Nosotros, por nuestra parte, en la medida en que vayamos encontrándolo, daremos explicación.

En Isaías, luz de Israel significa el mismo Dios, por quien Israel fue sacado de la humildad y oscuridad de Jacob, y llevado a aquella admirable y arcana dignidad y gloria que con el nombre de Israel se significan: **Y la luz de Israel se convertirá en fuego y su Santo en llama** (Is 10,17). Sin embargo, en el mismo profeta, la luz de Dios significa la Ley y la verdadera doctrina que la palabra de Dios propone: **Casa de Jacob, venid y caminemos en la luz del Señor** (Is 2,5); **Lámpara para mis pies es tu palabra y luz para mis sendas** (Sal 119,105). La luz del rostro o iluminación del semblante de Dios indica el cuidado, la providencia y la gracia divina: **Tu diestra y tu brazo, y la luz de tu rostro, porque te complaciste en ellos** (Sal 44,4). De esta misma gracia y providencia, y también de la misericordia, está escrito: **Envía tu luz y tu verdad** (Sal 43,3). A la sabiduría verdadera y a la verdad de una doctrina o ciencia se las llama luz: **Y vi que la sabiduría sobrepasa a la necesidad tanto como dista la luz de las tinieblas** (Qo 2,13); **Dulce es la luz y delicioso para los ojos ver el sol** (Qo 11,7); **Iluminar a todos cuál es la dispensación del misterio**, etc. (Ef 3,9).

También la verdad y la virtud gozan del nombre de luz; por el contrario, a la falsedad y vanidad se las llama tinieblas: **Los que ponen las tinieblas por luz, y la luz por tinieblas** (Is 5,20); **Aún hay un poco tiempo de luz en vosotros, caminad mientras tenéis luz, para que no os agarren las tinieblas; el que camina en las tinieblas no sabe a dónde va; mientras tenéis luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz** (Jn 12,35-36); **Los hijos de este mundo son en su generación más sagaces que los hijos de la luz** (Lc 16,8).

La felicidad, la beatitud, la dicha y la prosperidad, ya como bienes recibidos, ya como efectivos y asegurados, se presentan frecuentemente mediante la imagen de la luz: **Y será la luz de la luna como la luz del sol, y la luz del sol será siete veces, como la luz de siete días, el día en que Dios vende la herida de su pueblo** (Is 30,26). Y en el mismo Isaías: **Esperamos la luz, y he aquí las tinieblas; el esplendor, y caminamos en las tinieblas** (Is 59,9); **Dios es mi luz** (Miq 7,8); **Hará salir tu justicia como luz, y tu derecho como el mediodía** (Sal 37,6); **La luz nació para el justo; la alegría, para los rectos de corazón** (Sal 97,11). En el libro de Ester: **Y pareció a los judíos que les había nacido una nueva luz, alegría, honor y danza** (Est 8,16). Y el sabio dice: **La luz de los justos se alegra, pero la lámpara de los impíos se extinguirá** (Prov 13,9). A esta categoría pertenecen también los acontecimientos felices y los buenos sucesos: **¿Se apagará acaso la luz del impío y dejará de brillar su llama?** (Job 18,5); **Cuando brillaba su lámpara sobre mi cabeza y a su luz caminaba yo en las tinieblas** (Job 29,3). También Jeremías se lamentaba diciendo: **Me ha guiado y conducido en las tinieblas, y no en la luz** (Lam 3,2). Y Job dice que *después de las tinieblas espera la luz* (cf. Job 17,12); **Pero la senda de los justos, como luz resplandeciente, avanza y crece hasta el día pleno** (Prov 4,18), pasaje éste en que la luz significa un acontecimiento próspero y feliz.

Pero los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte sienten un deseo vehemente de la luz y les es gratísima, cuando les alcanza, como está escrito: **El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz** (Is 9,1). Por ello, la luz significa alegría y gozo extraordinarios. Por ejemplo: **La luz nació para**

---

<sup>2</sup>[Sin embargo, en las citas aportadas, es precisamente la *Vulgata* la que presenta la distinción entre *lux* y *lumen*, mientras que en el texto hebreo se lee siempre אור, *luz*. Grg., por su parte, traduce siempre φως].

el justo (Sal 97,11); **La luz de los justos se alegra, pero la lámpara de los impíos se extinguirá** (Prov 13,9). Y, en Jeremías, dice el mismo Dios: **Haré que perezca de entre ellos la voz del gozo y la voz de la alegría, la voz del esposo y la voz de la esposa, el ruido de la muela y la luz de la lámpara** (Jer 25,10). En este pasaje, lumen o luz significa la alegría, compañera de la tranquilidad y de la paz. Leemos en Amós: **¿No será tinieblas el día del Señor, y no luz?** (Am 5,20), donde luz significa descanso y tranquilidad. Con el nombre de luz el mismo Dios indicó también claramente que se significa la paz: **Yo, el Señor..., que hace la luz y crea las tinieblas, que hace la paz y crea lo malo** (Is 45,6-7).

La liberación de los peligros y de las cosas más difíciles y desgraciadas se explica con palabras relativas a la luz: **Haz brillar tu rostro sobre tu siervo, sálvame en tu misericordia** (Sal 31,17). Y también: **Una luz surgió en las tinieblas para los rectos de corazón; Él es misericordioso, compasivo y justo** (Sal 112,4).

Además de todo lo dicho, aquella admirable renovación y grandeza, y aquel estado de extraordinario esplendor, que, por la virtud y eficacia de la divina palabra de Jesucristo, el Hijo de Dios, fue traída a los hombres, se celebra igualmente con el nombre de luz. Por el contrario, aquel lugar segundo, al que los hombres habían emigrado desde su primer estado de justicia original y de gracia, se indica con palabras como noche, oscuridad y tinieblas: **Levántate, brilla, Jerusalén, porque viene tu luz; y la gloria del Señor ha surgido sobre ti; porque he aquí que las tinieblas cubrirán la tierra; y la oscuridad, los pueblos; pero sobre ti se levantará el Señor, y su gloria se verá en ti; y caminarán las gentes a tu luz, y los reyes al resplandor de tu boca** (Is 60,1-3). Leemos en Juan: **En Él era la vida, y la vida era la luz de los hombres; y la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la aprisionaron** (Jn 1,4-5). En el mismo evangelista dice Cristo: **Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida** (Jn 8,12). Pero este admirable y arcano significado, que otras veces suele explicarse con diversidad de nombres, tales como justicia, santidad, virtud y verdad, con muchísima frecuencia se indica con la sola palabra de luz. Así, **Porque en otro tiempo erais tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de la luz** (Ef 5,8). De manera parecida, con el nombre y la imagen de cierta luz inaccesible e inmensa se describe también aquella dicha que los mortales desean y anhelan ardientemente, aun cuando no puedan llegarla a comprender. No de manera total, sino a modo sólo de cierta breve manifestación, fue mostrada esta dicha a los apóstoles, de manera portentosa, cuando Cristo se transfiguró en el monte Tabor: *su cara resplandeció como el sol y sus vestidos se hicieron blancos como la nieve* (cf. Mt 17,2). Hijos de la luz se les llama a los que conocen la verdad<sup>3</sup> y aman la piedad: **Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas** (1Tes 5,5). La admirable luz cristiana es la santificación<sup>4</sup>, como está escrito: **Para que anunciéis las virtudes de Aquél que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable** (1Pe 2,9). Luz significa la verdad, la razón, la equidad y el derecho todo<sup>5</sup>, como está escrito: **Dios es luz, y en Él no hay tiniebla alguna; si decimos que tenemos sociedad con Él y caminamos en tinieblas, mentimos y no hacemos la verdad** (1Jn 1,5-6).

## LUMEN, LUZ

[φῶς - φωτισμός - lux - illuminatio]

A la riqueza de doctrina y de verdad<sup>6</sup> y al testimonio ejemplar se les llama luz: **Vosotros sois la luz del mundo** (Mt 5,14). Y también: **Para que se conviertan de las tinieblas a la luz** (Hch 26,18). La iluminación del evangelio<sup>7</sup> recibe el nombre de luz, como está escrito: **Que si todavía nuestro evangelio**

<sup>3</sup>Conocedores de la verdad.

<sup>4</sup>Santificación.

<sup>5</sup>Derecho, verdad, virtud, equidad, razón.

<sup>6</sup>Doctrina, verdad.

<sup>7</sup>Iluminación del evangelio.

**está cubierto, en los que se pierden está cubierto, a quienes el dios de este siglo ha cegado las mentes de los infieles, para que no les ilumine el resplandor del evangelio de la gloria de Cristo** (2Cor 4,3-4).

La luz sobre el candelabro significa comunión en la virtud y en la doctrina<sup>8</sup>, como está escrito: **Ni tampoco encienden una lámpara y la ponen debajo del modio, sino sobre el candelabro...; alumbre también así vuestra luz ante los hombres** (Mt 5,15-16).

#### COLOR

La blancura significa pureza<sup>9</sup>, integridad<sup>10</sup> y simplicidad: **El Antiguo de los días se sienta; su vestido, como la nieve** (Dan 7,9). Lo blanco significa la gloria<sup>11</sup>, la felicidad y la más grande alegría, así como la suma pureza y virtud. Esto indicaban los vestidos los vestidos de Cristo que *se hicieron blancos como la nieve* [Mt 17,2]. El color púrpura infunde terror<sup>12</sup> y admiración, como está escrito: **Su aspecto, como antorchas, como rayos que van de una parte a otra** (Nah 2,4). Al color de los vestidos y de las armas se refieren estas cosas. Los caballos rojos significan el reino de los babilonios<sup>13</sup>; los negros, el de los persas<sup>14</sup>, como está escrito: **En la primera cuadriga, caballos rojos; en la segunda cuadriga, caballos negros; en la tercera cuadriga, caballos blancos** (Zac 6,2-3).

#### BLANCURA

[לָבָן - λευκός - *albus*]

La blancura o color blanco es, a veces, símbolo de ciertas naciones<sup>15</sup> que usan vestidos de este color. Así, con la imagen de los caballos blancos se significó el reino de los griegos<sup>16</sup> (cf. Zac 1,8; 6,3.6). Otras veces, significa la lepra<sup>17</sup>, de la que es prueba el blanco de la piel, como frecuentemente leemos en el libro del Levítico: **Si el color de la piel fuera blanco**, etc. (Lev 13,19). Los cabellos blancos significan ancianidad y antigüedad<sup>18</sup>: **Pero su cabeza y sus cabellos eran canos, como lana blanca** (Apc 1,14).

Pero, con frecuencia, el color blanco de los vestidos significa pureza<sup>19</sup>, sencillez y candor de espíritu, y un estado de vida limpio de toda mancha y deshonor, como aquel del que gozan los espíritus celestes: **Aunque fuesen vuestros pecados rojos como la escarlata, como nieve blanquearán; y aunque fueran como la grana, como la lana serán** (Is 1,18).

Y está escrito que el vestido de Cristo se volvió blanco y refulgente (cf. Lc 9,29). También los ángeles se aparecieron con vestiduras blancas (cf. Jn 20,12). Y también: **Tienes unos pocos nombres en Sardes que no han manchado sus vestidos, y caminarán conmigo de blanco, porque son dignos** (Apc 3,4).

<sup>8</sup>Comunión de doctrina.

<sup>9</sup>Pureza.

<sup>10</sup>Integridad.

<sup>11</sup>Gloria.

<sup>12</sup>Terror.

<sup>13</sup>Babilonios.

<sup>14</sup>Persas.

<sup>15</sup>Nación.

<sup>16</sup>Griegos.

<sup>17</sup>Lepra.

<sup>18</sup>Antigüedad.

<sup>19</sup>Pureza.

## TINIEBLAS

[תְּשִׁיבָה - σκότος - *tenebrae*]

## CAPÍTULO 10.º

Aunque las tinieblas, en la creación y hechura de este mundo, anteceden a la luz, nosotros las colocamos, sin embargo, después de la luz, porque a aquellas de ninguna manera se las puede conocer por sí mismas (ya que son oscuras, espantosas, invisibles e impracticables a los sentidos), sino por su contraste con la luz. En efecto, cualquier cosa que se dice de la luz, lo contrario se afirma de las tinieblas, las cuales —enseña la divina filosofía— no fueron formadas, como la luz, sino que fueron creadas, separada o simultáneamente, con el cielo, la tierra y los abismos, como está escrito: **Yo soy el Señor, que forma la luz y crea las tinieblas** (Is 45,6-7). La naturaleza y poder de éstas es ocultar la belleza y esplendor de las cosas, confundir, trastornar y perturbar la diferencia y la separación, el término y la definición, cosas cuya razón pertenece más bien al ámbito del mal que al del bien, como está escrito: **Las tinieblas estaban sobre la faz del abismo** (Gén 1,2); **Y dijo Dios: hágase la luz..., y vio Dios que la luz era buena** (Gén 1,3-4), cosa que no se dice de las tinieblas. Las tinieblas, en efecto, por su oscuridad, ni son susceptibles de ser vistas, ni pueden contarse entre el número de las cosas buenas, ya que, en cuanto que son privación, nada tienen de laudable; antes al contrario, en cuanto que se oponen a la luz, tienen más que ver con el sentido de lo malo que de lo bueno, como está escrito: **El que hace la luz y crea las tinieblas; el que hace la paz y crea lo malo** (Is 45,7).

Mas, aunque ninguna naturaleza de las cosas, por ser naturaleza, es mala, sin embargo, existen algunas cosas que, por oponerse a otras cosas buenas, se dice que son malas. A esta clase pertenecen las tinieblas, las cuales parecen tener, a pesar de todo, la siguiente utilidad: hacer más placentero y agradable el disfrute de la luz a los que en otro momento oprimieron. De todos modos, tampoco esto es fruto de las tinieblas, sino de la razón y pensamiento del espíritu, capaz de atención y de conocimiento, como está escrito: **Aunque muchos años viviera el hombre y en todos ellos se regocijara, debe acordarse del tiempo tenebroso**, etc. (Qo 11,8).

Pero, así como nada que pueda decirse sobre las tinieblas puede verse, sino que tiene sentido sólo para los que conocen la naturaleza y el poder de la luz, así también, las cosas que sobre las tinieblas se refieren al lenguaje han de examinarse por contraste con la luz. En efecto, las cosas contrarias y opuestas entre sí son ejemplos las unas de las otras. Por tanto, la aversión a las tinieblas pertenece tanto a la parte intelectual del espíritu, cuanto a aquella en la que se hallan el apetito y la voluntad. A la primera aporta el error; a la segunda, el horror y el dolor. De ello se sigue que las oraciones relativas a las tinieblas tienen relación con una y otra categoría.

De la primera, como los ejemplos que se podrían aducir serían muchos, nos contentaremos con exponer sólo algunos más significativos. Con el nombre de tinieblas se significa la mentira y la falsedad, es decir, lo que se opone a la verdad y a la sabiduría; como, por el contrario, con el nombre de luz se indica la verdad y la simplicidad: **¡Ay de los que a lo malo llaman bueno; y a lo bueno, malo! Consideran las tinieblas como luz, y la luz como tinieblas** (Is 5,20); y también: **Así que, si la luz que en ti hay son tinieblas, ¿cuántas serán las tinieblas mismas?** (Mt 6,23). Y dice el Sabio: **Yo vi que la sabiduría sobrepasa a la insensatez, como la luz a las tinieblas** (Qo 2,13). En este pasaje definimos la insensatez como ignorancia y carencia de la verdad, que el Sabio dice que es semejante a las tinieblas. Pero a todo vicio que nace del error e ignorancia de la verdad el espíritu divino lo llama tinieblas. De esta clase son la soberbia, la ambición, la envidia, la ira, las contiendas, la ambición, la avaricia y todas las demás cosas parecidas, con las que los hombres luchan contra la verdad, la virtud y la santidad, como está escrito: **Nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los poderes de este mundo de tinieblas** (Ef 6,12). A veces, entendemos también por tinieblas, en cuanto que se oponen a la luz, la despreocupación misma de los hombres por la religión y la verdad, así

como la sabiduría de este siglo: **Los hijos de este siglo son más sagaces en su generación que los hijos de luz** (Lc 16,8). En Pablo, las tinieblas significan también ignorancia de la doctrina verdadera y útil: **¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas?** (2Cor 6,14). Y de la insipiente e ignorancia nace también, entre otras cosas, una confusión semejante a las tinieblas, como está escrito: **De día tropezarán con las tinieblas, y a mediodía andarán a tientas como de noche** (Job 5,14). Pero el lugar de la ignorancia más extrema lo ocupan aquéllos que no quisieron escuchar a Cristo, el Hijo de Dios y Redentor del mundo, o quienes, habiéndolo escuchado, no quisieron conocerlo. Las tinieblas, en cambio, ocupan de manera total este lugar y lo significan con su nombre. De ellas dice Cristo: **Aún por un poco de tiempo está la luz entre vosotros. Andad mientras tenéis la luz, para que no os sorprendan las tinieblas** (Jn 12,35). Y, puesto que —mientras esta ignorancia permanece— florece y se mantiene el reino del pecado, ajeno a la luz de Dios, por ello el mismo Cristo hace descripción a Saulo de este estado, llamándolo con el nombre de tinieblas: **Librándote del pueblo y de los gentiles, a los cuales yo te enví, para que abras sus ojos a fin de que se vuelvan de la oscuridad a la luz, y del dominio de Satanás a Dios** (Hch 26,17-18); **El cual** (como el mismo apóstol afirma) **nos libró del dominio de las tinieblas y nos trasladó al reino de su Hijo amado** (Col 1,13). De ello habla muchas veces Juan: **Porque las tinieblas pasaron y luce ya la luz verdadera; quien dice que está en la luz y odia a su hermano, está todavía en las tinieblas; quien ama a su hermano permanece en la luz y no hay en él tropiezo; pero quien odia a su hermano, está en las tinieblas y camina en las tinieblas y no sabe a dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos** (1Jn 2,8-11).

De la segunda categoría, esto es, del mal y del perjuicio, con que suele dañarse la parte apetitiva del espíritu, anotamos sólo algunos ejemplos, omitiendo otros muchos que podrían también referirse a este asunto. Isaías enseña, en efecto, que las tinieblas significan el mal en general: **Yo soy el Señor, que crea las tinieblas y forma la luz; que hace la paz y crea lo malo** (Is 45,6-7). Pero por el mismo Isaías sabemos que, consideradas particularmente, significan el miedo, la tribulación y al angustia presente: **Miramos a la tierra, he aquí, tinieblas de angustia; y la luz está oscurecida por sus nubes** (Is 5,30). Y de nuevo: **Y se mirará a la tierra y he aquí tribulación y tinieblas, lobreguez y angustia, y oscuridad envolvente, y no podrá escapar de su angustia** (Is 8,22). Y en Miqueas: **Tú, enemiga mía, no te alegres de mí: porque aunque caí, he de levantarme; aunque more en tinieblas, el Señor es mi luz** (Miq 7,8). Y al tiempo de desgracias Joel lo denomina **Día de tinieblas y oscuridad** (Jl 2,2). De la misma manera, Amós y Nahúm lo llaman también angustia y opresión: **¿No será el día del Señor tinieblas, y no luz; oscuridad, que no tiene resplandor?** (Am 5,20); **¿Aun en las tinieblas perseguiré a sus enemigos!** (Nah 1,8); **Me ha llevado y me ha hecho andar en tinieblas y no en luz** (Lam 3,2). Con el nombre de tinieblas se indica un peligro gravísimo y formidable, sobre todo, cuando se añade ignorancia e incertidumbre en la decisión, como está escrito: **El camino de los impíos es tenebroso; no saben adónde corren** (Prov 4,19); **Sea su camino tenebroso y resbaladizo, con el ángel del Señor persiguiéndolos** (Sal 35,6). Y el siguiente: **Dad gloria al Señor, vuestro Dios, antes de que haga venir las tinieblas, y antes de que vuestros pies tropiecen sobre los montes oscuros, y estéis esperando la luz, y Él la transforme en sombra de muerte y en lobreguez** (Jer 13,16). Y aquellas otras oraciones que pertenecen a esta clase significan el estado misérrimo y gravísimo de los que, reprobados y rechazados de Dios por su propia culpa, y abandonados a sus errores, caminan ciegos y endurecidos. De este significado son: **Esperamos la luz, y he aquí las tinieblas; claridad, y caminamos en la oscuridad; vamos palpando la pared como ciegos, y andamos a tientas como los que no tienen ojos; tropezamos al mediodía como al anochecer, como muertos en lugares oscuros** (Is 59,9-10); y en Job, Bildad de Suaj decía: **Ciertamente la luz de los impíos será apagada, y no resplandecerá la centella de su fuego; la luz se oscurecerá en su tienda y la lucerna que está sobre él se extinguirá** (Job 18,5-6). De donde la expresión *deslizarse en las tinieblas* significa un peligro gravísimo, cuya evitación o rechazo conlleva gran incertidumbre, como está escrito: **Por ello, como resbaladero en oscuridad será su camino: serán empujados, y caerán en ella** (Jer 23,12). Y pues la muerte imposibilita todo disfrute de

la luz y el sepulcro la impide, la muerte suele ocupar, a veces, el nombre de las tinieblas; por ejemplo, en Jeremías: **En las tinieblas me puso como a los muertos sempiternos** (Lam 3,6).

Observamos también que, otras veces, con el nombre de tinieblas se indican simultáneamente una y otra parte, es decir, ignorancia de la verdad y consecuencia y experiencia de los peligros: **El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz; a los que habitaban en tierra de sombra de muerte, una luz les ha nacido** (Is 9,2).

Por su parte, las llamadas tinieblas exteriores significan la condición de los que son juzgados indignos y, por tanto rechazados, de la participación y disfrute del reino celestial. No habita en ellos orden alguno, sino horror eterno, y la escucha perpetua de *llanto y estridor de dientes* (cf. Mt 8,12). Pero consideramos que el comienzo de esta condición procede de aquel lugar y estado de los endurecidos.

La siguiente consideración es ciertamente menos arcana, pero, digna, no obstante, de ser tenida en cuenta. Es el caso de cuando las tinieblas significan algo secreto, un asunto o proyecto, compartido sólo con pocos o que no todos deben conocer, como está escrito: **Lo que os digo en las tinieblas, predicadlo en las azoteas** (Mt 10,27). Y con el ejemplo que sigue se indica que los mortales no pueden conocer los planes de la divinidad: **Puso tinieblas alrededor de sí como su morada secreta; su cubierta, agua tenebrosa en nubes de aire** (cf. Sal 18,12). También los que buscan la ocasión propicia para hacer un daño o, en otros lugares, para pecar, desean la complicidad de las tinieblas. Esto es propio, sobre todo, de los hombres, a los que el miedo les impide ser audaces o el pudor les empuja al disimulo: **Porque, he aquí, los impíos tensan el arco; preparan sus flechas sobre la cuerda, para asañear en lo oscuro a los rectos de corazón** (Sal 11,2); **¿Quién me ve?; las tinieblas me rodean y las paredes me cubren; nadie me observa; ¿a quién temo?** (Sir 23,18-19); y, **No tengáis ninguna participación en las infructuosas obras de las tinieblas; sino más bien, denunciadlas, porque da vergüenza aun mencionar lo que ellos hacen en secreto** (Ef 5,11-12).

## OSCURIDAD

[תְּשִׁיבָה - σκοτός - *tenebrae*]

Oscuridad significa baja cuna<sup>20</sup> y condición muy humilde<sup>21</sup> o servil, como está escrito: **Siéntate en silencio y entra en las tinieblas, hija de los caldeos, porque nunca más te llamarán soberana de reinos** (Is 47,5). Con esta clase de translación se significa también el pecado<sup>22</sup> o la cautividad del pecado, como está escrito: **A fin de que restablezcas la tierra y poseas las heredades desoladas, para que digas... a los que están en tinieblas; ¡salid!** (Is 49,8-9). Con la misma translación dice Pablo: **Y no tengáis ninguna participación en las infructuosas obras de las tinieblas; sino más bien, denunciadlas, porque da vergüenza aun mencionar lo que ellos hacen en secreto** (Ef 5,11-12).

## TARDE

[עֶרֶב - ἑσπέρα - *vesper*]

La tarde es el tiempo en que cesan<sup>23</sup> las labores y trabajos del día, principalmente entre la gente del campo, como está escrito: **Saldrá el hombre a su trabajo, y a su labor hasta la tarde** (Sal 104,23); **Y cuando Jacob vino del campo por la tarde, Lía salió a su encuentro** (Gén 30,16). Alegóricamente,

---

<sup>20</sup>Baja cuna.

<sup>21</sup>Humildad.

<sup>22</sup>Pecado.

<sup>23</sup>Descanso.

es el período de la impureza<sup>24</sup> diurna, *hasta el atardecer*<sup>25</sup>, como muchas veces leemos en el Levítico; y, **Hasta el atardecer durará el llanto; por la mañana, la alegría** (Sal 30,6). Es también el tiempo más propicio para las fieras de rapiña, como está escrito: **Al atardecer los devoró el lobo** (Jer 5,6); **Sus jueces, lobos al atardecer** (Sof 3,3). Tiempo inoportuno significa también la tarde: **Por la mañana, siembra tu semilla; y no cese tu mano por la tarde** (Qo 11,6), es decir, oportuna e inoportunamente<sup>26</sup>.

## MAÑANA

[בֹּקֶר - πρωί - mane]

Mañana y amanecer significan estudio<sup>27</sup> cuidadoso y cosa diligentemente<sup>28</sup> madurada, como está escrito: **Esto dice el Señor: juzgad el juicio por la mañana, y librad al que está oprimido por la violencia**, etc. (Jer 21,12); **Por la mañana hazme oír tu misericordia, porque he esperado en ti** (Sal 143,8).

## NOCHE

[לַיְלָא - νύξ - nox]

La noche significa peligro<sup>29</sup>, miedo y toda clase de cosas tristes, como está escrito: **Donde pases la noche<sup>30</sup>, la pasaré yo** (Rut 1,16), es decir, me asociaré a todos tus peligros. La noche es también tiempo propicio para el luto y el llanto<sup>31</sup> e indica aflicción, como está escrito: **Amargamente llora en la noche** (Lam 1,2). Tiempo oportuno es igualmente para ladrones<sup>32</sup> y malhechores, como está escrito: **Pues vosotros mismos sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá como un ladrón en la noche** (1Tes 5,2); **¡Levantaos, subamos de noche y destruyamos sus palacios!** (Jer 6,5).

El término noche se usa también por un estado<sup>33</sup> y condición contrarios a la gracia divina, cual es el pecado de los impíos, como está escrito: **Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sobrecoja como ladrón; porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas** (1Tes 5,4-5).

A la vida ansiosa de ebriedad y de vicios<sup>34</sup> se le llama también noche, como está escrito: **Porque los que duermen, de noche duermen; y los que se emborrachan, de noche se emborrachan** (1Tes 5,7); **Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistámonos con las armas de la luz; andemos como de día, honestamente** (Rom 13,12-13).

Por el silencio, la noche es madre de los pensamientos, ocasión y tiempo favorables para hacer

<sup>24</sup>Fin de la impureza.

<sup>25</sup> [*Usque ad vesperum* en el texto latino. La expresión latina es traducción del hebreo עַד־הָעֶרֶב, *hasta la tarde*. En el libro del Levítico, con relación a las normas relativas a la pureza y la impureza, la encontramos en Lev 11,24.27-28.31; 15,5-8.10-11.16-18.20.22-23.27; 17,15; 22,6].

<sup>26</sup>Inoportunidad.

<sup>27</sup>Estudio.

<sup>28</sup>Diligencia.

<sup>29</sup>Peligros.

<sup>30</sup>[Hebr., וּבְאַשְׁמֵר הַלַּיְלָא אֶלְיָי, y *pasaré la noche donde la pases tú*. Grg. y Vlg. no hablan expresamente de la noche; leen καὶ οὐ ἐὰν ἀγλισθηῖς ἀγλισθηθήσομαι, y *ubi morata fueris et ego pariter morabor*, respectivamente].

<sup>31</sup>Luto. Llanto.

<sup>32</sup>Tiempo para los ladrones.

<sup>33</sup>Estado de ira.

<sup>34</sup>Vicios.

planos en secreto<sup>35</sup>, como está escrito: **Aún en la noche me increparon mis riñones** (Sal 16,7); **Probaste mi corazón y me visitaste de noche** (Sal 17,3); **En mi lecho, por las noches, he buscado al que ama mi alma** (Ct 3,1).

Esta clase de palabras significa privación de vanidad, de calamidad<sup>36</sup> y de consejo<sup>37</sup>, como está escrito: **Por tanto, para vosotros habrá noche en lugar de visión; tinieblas, en lugar de adivinación** (Miq 3,6).

## DEL DÍA

[דו"ר - הִמְעָרָא - *dies*]

### CAPÍTULO 11.º

Llamó Dios a la luz día y lo estableció como fundamento y medición perpetua de los tiempos, de las edades y de los siglos, como está escrito: **Y fue una tarde y fue una mañana, el día primero; ...y fue una tarde y fue una mañana, el día segundo**, etc. (Gén 1,5.8). Mas de este modo se afirma que Dios no sólo conoce la totalidad de los días, sino que los reclama y examina uno por uno; y se nos enseña, además, que lo que a cada uno de los días se le asigna sirve para alabanza de Dios: **El día al día transmite la palabra** (Sal 19,3). Así, Job, al no desear que Dios reclamara el día de su nacimiento (cf. Job 3,4-5), prueba que los reclama todos. Los seres animales (entre ellos, principalmente, el hombre, que tiene como cierto el día de su concepción y nacimiento) dan prueba de que la cuenta de los días y de las noches se tiene muy en consideración en las concepciones, generaciones y producciones de las cosas, como está escrito: **Perezca el día en que nací, y la noche en que se dijo: se ha concebido un varón** (Job 3,3).

Ahora bien, el día completo consta de noche y de luz, como está escrito: **Y fue una tarde y fue una mañana, el día primero** (Gén 1,5). Mas se llama propiamente *día* el espacio que ocupa el disfrute de la luz, que va desde el despuntar de la aurora hasta que salen las estrellas de la tarde. El lenguaje sagrado lo llama el día de los jornaleros, como está escrito: **Y hagamos la obra nosotros mismos, y la mitad de los nuestros empuñe las lanzas, desde la aurora hasta la aparición de las estrellas** (Neh 4,21). A todo este tiempo se le llama *el peso del día* (cf. Mt 20,12); su tarde comienza a partir de la puesta del sol, como está escrito: **Al atardecer, cuando se puso el sol** (Mc 1,32). Una y otra parte del día, la aurora y el atardecer, son de gran provecho y utilidad para los hombres; ha querido Dios, en efecto, concederles que, mediante ellos, puedan apreciar las mutaciones de los tiempos y del cielo. Quienes rectamente saben interpretarlos pueden hablar, observando la naturaleza, de los próximos cambios y estados del aire y del cielo, como está escrito: **Al atardecer decís: 'hará buen tiempo, porque el cielo está enrojecido'; y al amanecer decís: 'hoy habrá tempestad, porque el cielo está enrojecido y sombrío'; sabéis discernir el aspecto del cielo**, etc. (Mt 16,2-3). El sol, porque así Dios lo dispuso, es el que hace que los días varíen y se sucedan. Y quiso Dios, además, que los días no se diferenciaron sólo por la diversidad de su luz y duración, sino también por su carácter festivo. Sobre esto disertaba el Sabio: **¿Por qué un día es superior a otro, si toda la luz de cada día del año viene del sol?; en la mente del Señor fueron diferenciados, él hizo distintas estaciones y fiestas; a unos los ensalzó y santificó; a otros los hizo días ordinarios** (Sir 33,7-10).

Pero el día convencional, cual suele ser aceptado por la Escritura, ya sea breve ya largo, consta de doce horas diurnas, durante las cuales todas las cosas, según su naturaleza, pueden realizar su oficio: **¿No son doce las horas del día?; si alguno anda de día no tropieza, porque ve la luz del día** (Jn 11,9).

<sup>35</sup>Planes en secreto.

<sup>36</sup>Calamidad.

<sup>37</sup>Ausencia de ardid.

También este significado de la frase se sigue de la naturaleza y partes del día que hemos descrito.

Ahora bien, el nombre de *día* suele presentarse gramaticalmente en sentido absoluto o adjetivado. Ejemplos de lo primero son aquellos casos en los que el día significa virtud o tiempo propicio para el ejercicio de la virtud: **Andemos como de día, honestamente: no en glotonerías y borracheras**, etc.(Rom 13,13). Pertenecen también a esta categoría aquellos pasajes en los que, con el nombre de día, se significan el tiempo de la gracia y el disfrute que de ella la voluntad de Dios concede a los hombres. Así, en Pablo, a los cristianos que se tienen por más piadosos y probados se les llama hijos del día: **Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día** (1Tes 5,5); y un poco más abajo: **Pero nosotros, los que somos del día, somos sobrios, revestidos de la coraza de la fe y de la caridad** (1Tes 5,8). De la segunda categoría tenemos muchos ejemplos. Día del pavor, significa el pavor mismo, el miedo, la perturbación: **Cerca está el día de la matanza y no la gloria de los montes** (Ez 7,7); **¡He aquí el día!, he aquí que viene; ha llegado la ruina; la vara ha echado brotes...**(Ez 7,10). Así, en los profetas y otros autores sagrados, día de nubarrones significa tiempo oscuro, triste y calamitoso: **¡Ay de aquel día!; porque cerca está el día, sí, se ha acercado el día del Señor; día de nubarrones, será el tiempo de las naciones; llegará la espada a Egipto y habrá pavor en Etiopía** (Ez 30,2-4). Y un poco más abajo encontramos la misma figura: **En Tafnis el día se oscurecerá, cuando yo quiebre allí los yugos de Egipto, y cesará en ella la soberbia de su poderío; una nube la cubrirá...**(Ez 30,18). Esto mismo significa el día aplicado a un hombre cualquiera; perfectamente lo podremos interpretar por día de calamidad, de penas y de venganza con relación a ese mismo hombre. Por ejemplo: **Se reirá de él Señor, porque ve que su día está al venir** (Sal 37,13). En efecto, el día del Señor es el día en que tendrán lugar la venganza y el juicio: **Porque el día del Señor de los Ejércitos contra todo arrogante y altivo, y contra todo el que se ha enaltecido, y será humillado** (Is 2,12). Casi el mismo significado tiene el día de la venida de Cristo, pues indica el tiempo del juicio final: **Esperando ansiosamente la revelación de nuestro Señor Jesucristo (el cual también os confirmará hasta el fin irrepreensibles) en el día de la venida de nuestro Señor Jesucristo** (1Cor 1,7-8).

La parte de mayor luz y esplendor del día es el mediodía<sup>639</sup>, que luce con una luz más clara e hierve por el mayor rigor del calor. En el lenguaje arcano, los autores sagrados describen, por una parte, el grado sumo de la felicidad y prosperidad; por la otra, la vehemencia de la opresión y de la aflicción. Ejemplos de la una de las partes son: **Y como un fulgor del Mediodía se levantará para ti hasta la tarde; y cuando te considerares consumido, nacerás como la mañana** (Job 11,17); y este otro: **Hará bajar tu justicia como la luz, y tu derecho como el mediodía** (Sal 37,6). Ejemplo de la otra es: **Dime dónde apacientas, dónde haces recostar al mediodía** (Ct 1,7). Finalmente, cuando en la oración el día va unido a la noche, se obtiene el significado de continuidad y perpetuidad: **Corran tus lágrimas como un río día y noche, no te des reposo** (Lam 2,18); **En la ley del Señor su deleite, y en su ley meditará día y de noche** (Sal 1,2); **Día y noche la rodeará por sus los muros su iniquidad y su engaño** (Sal 55,11).

HORA

[רע - ὥρα - hora]

Ciertamente, también las horas son partes del día, establecidas con admirable y excelente orden de la sabiduría divina. Por ellas se distinguen la luz de las tinieblas, y se señala y demuestra la duración, la sucesión y conveniencia de todas las cosas. De esta manera, en efecto, refiriéndose a la hora, refuta Pedro la acusación de ebriedad que, con maliciosa interpretación, los adversarios de Cristo le imputaron a él y a sus discípulos: **Porque éstos no están borrachos, como pensáis, pues es solamente la tercera hora del día** (Hch 2,15); así, desde el amanecer hasta la hora del sacrificio consideraban aquellos pobres sacerdotes y el pueblo expectante que era el tiempo oportuno e idóneo para vaticinar, mientras

<sup>639</sup>Mediodía.

se aguardaba a ver qué milagros podían hacer aquellos falsos dioses (cf. 1Re 18,26 ss.).

Así también en los libros sagrados se señalan determinadas horas, en las que los ángeles se aparecieron a los profetas y santos varones, o en las que tuvieron lugar otros milagros. En la hora MINHHAH<sup>640</sup> Gabriel se aparece a Daniel (Dan 9,21); en la hora THYMIAMATIS<sup>641</sup>, a Zacarías (Lc 1,10). Y Pedro tiene hambre a la *hora sexta*; y, por aquella admirable visión, le es revelado el plan de Dios sobre la llamada a la fe de los gentiles (cf. Hch 10,10). También, a la *hora nona* del mismo día, Cornelio recibió al ángel, mensajero gratisimo de la gracia y salvación divina que le habría de ser otorgada (cf. Hch 10,22). Gran importancia tiene la observación de las horas para examinar la certeza de los milagros.

Las horas se cuentan según va transcurriendo el tiempo o según qué cosas haya que hacer. Según el transcurso del tiempo se cuentan doce horas, como está escrito: **¿No tiene el día doce horas?** (Jn 11,9). Dichas horas, a las que se nombran mediante números, se ordenan de la siguiente manera. La **hora prima** (cf. Mt 20,1), o primera de la mañana, comienza con la salida del sol, cuando, por primera vez, aquel propietario contrató a los obreros; **Y salió hacia la hora tercia...**(Mt 20,3); **Y volvió a salir hacia la hora sexta y nona...** (Mt 20,5); **Y salió hacia la hora undécima y encontró a otros parados y dijo: ¿qué hacéis ociosos aquí todo el día?** (Mt 20,6). *Todo el día*, dice; porque estaba próxima la tarde, llamada el final del día, que era considerada la hora undécima, como indicaban los primeros obreros: **Éstos últimos han hecho sólo una hora** (Mt 20,11). A esta hora se la llama la *tarde*<sup>642</sup>, como está escrito: **Siendo ya la tarde, salió con los doce para Betania** (Mc 11,11). El día, pues, se contiene entre la mañana y la tarde: **A la salida matutina y de la tarde serás deleitado** (Sal 65,9). De estas cosas de que estamos haciendo mención se deducen los nombres de las restantes horas, según su orden; es decir, la segunda, cuarta, quinta, séptima, octava, décima. Así, en efecto, los siervos dieron información [*al funcionario real*] de que, a la hora séptima, su hijo había experimentado mejoría (cf. Jn 4,52); y a eso de la hora décima, Andrés y los otros discípulos de Juan vinieron a donde estaba Jesús (cf. Jn 1,39).

Las Escrituras nos enseñan también, mediante un claro ejemplo, que las horas de la noche están ordenadas con los mismos nombres. A Pablo, en efecto, se le manda pasar de Jerusalén a Cesarea a la hora tercia de la noche (Hch 23,23). Y así el día suele distribuirse en horas. Igualmente, si se considera su comienzo, mitad y fin, se divide en mañana, tarde y mediodía: **Por la tarde, por la mañana y al mediodía narraré y anunciaré** (Sal 55,18).

Pero existe —como dijimos— otro modo de considerar las horas, en razón éste de cuándo es el momento conveniente para realizar determinadas cosas, como está escrito: **Toda obra suministró a su hora** (Sir 39,39). Este modo de contar se usa tanto para las cosas sagradas, como para las demás cosas que se han de hacer. Así está escrito que los sacerdotes de Baal profetizaron hasta la hora Minhha<sup>643</sup>, que era la hora ZZAHHARAIM (1Re 18,26); **Por la mañana, cuando se ofrece la Minhha** (2Re 3,20). Zacarías estaba orando a la hora del incienso (cf. Lc 1,10). Pedro indica la hora nona como la hora de la oración<sup>644</sup> (cf. Hch 3,1). Está escrito que José comió con sus hermanos a la hora del almuerzo (cf. Gén 43,16), en el transcurso del ZZAHHARAIM<sup>645</sup>. Y en la historia de Susana, los dos ancianos vuelven a la casa a la hora de la comida (cf. Dan 13,13). Y los discípulos dicen a Cristo: **El lugar está desierto y la hora es ya avanzada** (Mt 14,15); **A la hora de levantarte, no te rezagues** (Sir 32,15 [Vlg]), decía el Sabio.

<sup>640</sup>[Hebr., כְּעֵת מִנְחָת־עֶרֶב, que Vlg. traduce *in tempore sacrificii vespertini*].

<sup>641</sup>[Grg., τοῦ θυμιάματος, que Vlg. traduce *incens*].

<sup>642</sup>Tarde.

<sup>643</sup>[Hebr., כְּעֵת מִנְחָת־עֶרֶב, que Vlg. traduce *in tempore sacrificii vespertini*].

<sup>644</sup>[Grg., ἐπὶ τῆν ὥραν τῆς προσευχῆς τῆν ἐνάτην].

<sup>645</sup>[Hebr., בְּצֶהְרִים].

Pero las cosas que respectan al lenguaje arcano son éstas. La hora, cuando se traduce al latín el hebreo **תָּו**, significa tiempo oportuno e idóneo para una cosa, según el orden natural, como se observa muchas veces en los embarazos y partos de las mujeres. En hebreo, vemos también esto con relación a los frutos de los árboles y de otras cosas producidas a su debido tiempo: **En este tiempo y en esta hora, tendrás un hijo en tu vientre** (2Re 4,16). Este último nombre, *en esta hora*, indica que el hijo será parido en su momento justo, cosa que, una vez sucedida, narra a continuación la Escritura: **Y concibió la mujer y parió un hijo, en el tiempo y a la hora que le había dicho Eliseo** (2Re 4,17). Con el nombre de hora la lengua sagrada indica, además, una ocasión singular en la que va a acontecer algo establecido de antemano: **Mas de aquel día y hora nadie sabe nada...**(Mt 24,36); **Por tanto, velad, porque no sabéis a qué hora vendrá vuestro Señor** (Mt 24,42). A esto se aproxima aquel otro sentido, según el cual la hora significa cualquier situación crítica de gran gravedad y peligro, incluso un mal inevitable. Sobre esta hora oraba Cristo, el Señor, al Padre, para que pasara de él; hora que, sin embargo, indicó a sus discípulos que habría de padecer: **Basta ya; ha llegado la hora; he aquí, el Hijo del Hombre será entregado en manos de los pecadores** (Mc 14,41). Y, **La mujer, cuando da a luz, siente tristeza, porque ha llegado su hora** (Jn 16,21); y, **Ha llegado la hora de su juicio** (Apc 14,7), o sea, la hora temible.

Con el nombre de hora entendemos también el momento oportuno de los afanes, ya sea para llevar a cabo la cosa objeto de deseo, ya para conseguirla, según sean las personas en cuestión. Cuando se trata de algo bueno: **¿Qué a mí y a ti, mujer?; todavía no ha llegado mi hora** (Jn 2,4); **Viene la hora, ahora es, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad** (Jn 4,23); **Padre, ha llegado la hora; glorifícame** (Jn 17,5). Cuando lo que llega es malo: **Ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas** (Lc 22,53).

Con el nombre de hora, en sentido absoluto o puesto en relación con el número uno, se significa, además, un breve espacio de tiempo, fácilmente superable. Ya se trate de una experiencia dura y difícil, ya de un bien agradable y feliz, será siempre de corta duración: **Vosotros quisisteis regocijaros por una hora en su luz** (Jn 5,35); **¿No habéis podido velar una hora conmigo?** (Mt 26,40); **Si por una hora os entristeció, ahora me alegro** (2Cor 7,8-9); **Pues quizás por esta razón se apartó una hora de ti, para que lo recibas para siempre** (Flm 15).

En la comprobación de los milagros, con el fin de dar fe ellos, tiene gran importancia la observación exacta de la hora, sobre todo en aquellas cosas que, en circunstancias ordinarias, suelen tener su causa en la naturaleza o tienen que ver con ella; por ejemplo: la lluvia, los truenos, el granizo, el viento, las curaciones de las enfermedades. Todas estas cosas, si se conforman al momento exacto anunciado con antelación, prueban tener el valor de milagros y signos: **Mañana, a esta misma hora, haré llover granizo** (Éx 9,18); **Mañana, a esta misma hora te enviaré un hombre de la tierra de Benjamín** (1Sam 9,16). De aquí que leamos que, en los pasajes de milagros que se reconocen obrados por Cristo, se preste una cuidadosa atención a las horas: **El niño quedó curado en aquella misma hora** (Mt 8,13); **La mujer quedó curada en aquella hora** (Mt 9,22). Y cuando aquel funcionario real, al preguntar a qué hora había experimentado mejoría su hijo, recibió como respuesta que **Ayer, a la hora tercia**<sup>646</sup>, **lo había abandonado la fiebre, tuvo constancia de que aquella hora era en la que Jesús le dijo: tu hijo vive** (Jn 4,52-53).

Ahora bien, la hora última del Nuevo Testamento significa el tiempo hasta el último día de este mundo: **Hijos, es la última hora, y así como oísteis que el anticristo viene**, etc. (1Jn 2,18).

También aquellas partes y horas que abren y cierran el día, es decir, la mañana y la tarde, encierran una significación arcano. En efecto, la mañana significa el tiempo oportuno y propicio y la coyuntura mejor para hacer algo; mientras que la tarde significa un tiempo menos propicio, aunque no a descuidar. Casi por la misma razón, además, la mañana marca el comienzo de la vida humana, con

---

<sup>646</sup> *Hora tercia* en el texto latino; pero la fiebre dejó al niño a la hora séptima: *heri hora septima reliquit eum febris*. Grg., ὥραν ἑβδόμητην].

todos sus cuidados y atenciones, como la adolescencia; la tarde, su final. El siguiente ejemplo expone con suficiente claridad uno y otro significado: **Por la mañana siembra tu simiente, y por la tarde no des reposo a tu mano, porque no sabes si esto o aquello prosperará, o si ambas cosas serán igualmente buenas** (Qo 11,6). Al significado primero corresponde el pasaje que sigue: **¡Lucifer, que nacías por la mañana!** (Is 14,12). Del segundo, he aquí un ejemplo: **Por la mañana, florece y pasa; por la tarde, se endurece y se seca** (Sal 90,6).

Por su parte, aquellas oraciones en que se usa la *mañana* en sentido absoluto se prestan muy bien a que se las pueda interpretar en el sentido de diligencia, asiduidad, solicitud; por ejemplo: **Por la mañana, Señor, escucharás mi voz; por la mañana estaré de pie en tu presencia y veré.** (Sal 5,4-5); **Por la mañana llegará a ti mi oración** (Sal 88,14). Y lo que se dice en la Sabiduría: **Amo a los que me aman, y los que me buscan por la mañana me hallarán** (Prov 8,17); **En su tribulación por la mañana se levantarán** (Os 6,1). También el comienzo de un estado de prosperidad suele ponerse en relación, en el lenguaje sagrado, con la luz primera de la mañana: **Despuntará tu luz como la mañana** (Is 58,8). Pero, puesto que el tiempo matutino pasa rápidamente, suele indicar también una prosperidad breve y poco consistente: **Como la mañana pasa, ha pasado el rey de Israel** (Os 11,1). En el siguiente pasaje, la mañana significa, además, una fuerza subitánea que se esparce por doquier, y, en cuanto que se extiende por todas partes, una fuerza que no se puede evitar ni superar: **Cerca está el día de tinieblas y lobreguez, día nublado y de densa oscuridad; como la mañana sobre los montes, se extiende un pueblo grande y poderoso** (Jl 2,2). Relacionado con esto, la mañana, en cuanto que se opone a las tinieblas, expresa la imagen de una condición de mayor felicidad: **El que convierte la mañana en tinieblas y muda la noche en día** (Am 5,8).

Tarde, atardecer, víspera (pues con los tres géneros<sup>647</sup> los latinos traducen la misma palabra hebrea) es la parte última del día, y significa el final de cualquier negocio diurno. En efecto, todo lo que haya de hacerse, realizarse u observarse durante el día, no debe sobrepasar el límite del tiempo vespertino. De aquí aquel insistente motete de *hasta la tarde* en los ritos y ceremonias: **Y será impuro hasta la tarde** (Lev 11,24); **Quedará inmundo hasta el atardecer** (Lev 11,27); **Fueron colgados hasta la tarde** (Jos 10,26). La tarde<sup>648</sup> supone también el fin del trabajo del día: **Volviendo Jacob por la tarde** (Gén 30,16); **Espigó en el campo hasta la tarde** (Rut 2,17).

Tiene también la tarde otra connotación, ciertamente más rara, pero exquisita, y es que ésta, al indicar el término de un día y el comienzo y cambio de un tiempo distinto, se la ve como si supusiera para los ánimos agotados el final de las fatigas presentes. Este significado suele estar presente algunas veces; sin embargo, no siempre lo está. Así se lamentaba Job: **Cuando me acuesto, digo: ¿cuándo me levantaré?, y espero otra vez la tarde y me lleno de dolores hasta las tinieblas** (Job 7,4). Y, en sus predicciones, dice Moisés: **Por la mañana, dirás: ¡quién me diera la tarde!; y por la tarde: ¡quién me diera la mañana!, por el miedo de tu corazón con que estarás amedrentado, y por lo que verás con tus ojos** (Dt 28,67). Significado parecido tiene también el siguiente pasaje: **Por la tarde permanecerá el llanto; por la mañana, la alegría** (Sal 30,6); y este otro: **Te deleitarás del despertar matutino y de la tarde** (Sal 65,8); y dice el Sabio: **De la mañana a la tarde muda el tiempo** (Sir 18,26).

Mañana y tarde, además, como forman un solo día, indican una obra completa y la tarea de un día: **Se trabó combate desde la mañana hasta la tarde** (1Mac 9,13); **Procurando persuadirlos acerca de Jesús, tanto por la ley de Moisés, como por los profetas, desde la mañana hasta la tarde** (Hch 28,23); **Saldrá el hombre a su trabajo; a su faena hasta la tarde** (Sal 104,23). Pero sucede, no rara vez, que esta oración señale los términos estrechos de un tiempo muy breve: **De la mañana a la tarde serán hechos perecer** (Job 4,20); **De la mañana a la tarde me acabarás** (Is 38,12.13). La presencia simultánea de tarde, mañana y mediodía indica un cuidado asiduo, un deseo continuo, una obra indeficiente: **Por**

<sup>647</sup>[Masculino, femenino y neutro: *vesper, vesperum, vespera*].

<sup>648</sup>Tarde.

**la tarde, por la mañana y al mediodía estaré clamando** (Sal 55,18).

Finalmente, valga esto para ciertas naturalezas, parece ser que en la tarde encuentran el tiempo más propicio para causar daño, como, por ejemplo, sucede con los lobos y otras alimañas. Así está escrito: **Estableciste las tinieblas y fue hecha la noche; en ella transitarán todas las fieras de la selva; los cachorros de leones rugiendo por la presa y reclamando de Dios su comida** (Sal 104,20-21). De aquí aquellas oraciones en los profetas: **Por la tarde, el lobo la devorará** (Jer 5,6); **Sus jueces, lobos por la tarde; no dejarán para la mañana** (Sof 3,3).

#### ESTACIONES

La vendimia, la cosecha de la mies y el verano, por ser tiempos de alegría<sup>649</sup>, contienen símbolos de cosas agradables, placenteras y buenas, como está escrito: **Pasó la cosecha, terminó el verano y no fuimos salvados** (Jer 8,20). *De repente*<sup>650</sup>, adverbio que indica un tiempo repentino, significa una cosa imprevista y grave<sup>651</sup>: **He enviado de repente terror sobre las ciudades** (Jer 15,8). El crepúsculo de la mañana significa un asunto cuidado y madurado<sup>652</sup>: **Celebrad juicio por la mañana**, etc. (Jer 21,12). *Ni ayer ni anteayer*<sup>653</sup> niega de manera absoluta que una cosa se haya realizado con anterioridad; así en Rut: **Que has dejado a tus padres y la tierra donde has nacido, y has venido a un pueblo que ni ayer ni anteayer**<sup>654</sup> **habías conocido** (Rut 2,11). Desear un cambio de tiempo es señal de angustia<sup>655</sup> grande y estado de extrema miseria, como está escrito: **Por la mañana, dirás: ¡quién me diera la tarde!; y por la tarde: ¡quién me diera la mañana!, por el miedo de tu corazón con que estarás amedrentado, y por lo que verás con tus ojos** (Dt 28,67).

#### INVIERNO

[יָחַד - χειμῶν - *hiems*]

El invierno es un tiempo duro; alegóricamente lo interpretamos como condición mísera<sup>656</sup> y llena de fatigas: **Pues ya el invierno ha pasado** (Ct 2,11). En su significación simple, el invierno es tenido por un tiempo impracticable para hacer un camino y del todo inoportuno<sup>657</sup> para emprender la huida, como está escrito: **Date prisa en venir antes del invierno** (2Tim 4,21); **Orad para que vuestra huida no suceda en invierno** (Mt 24,20).

<sup>649</sup>Alegría.

<sup>650</sup>[*Subito* en el texto latino. Hebr., יָחַד. Grg., ἐξαίφνης].

<sup>651</sup>Cosa grave y molesta.

<sup>652</sup>Madurez.

<sup>653</sup>Nunca antes.

<sup>654</sup>[La locución latina *neque heri neque nudius tertius* aparece en Gén 31,2.5.; Éx 4,10; 21,29.36; Dt 19,4; 1Sam 4,8; 9,20; 10,11; 14,21; 19,7; 21,5; 30,13; 2Sam 3,17; 5,2; 2Re 13,5; 1Crón 11,2; 1Mac 9,44; Dan 13,5, y traduce el hebr., תָּמולִּי שְׁלֹשֹׁם... אֵיִךְ, *ni ayer ni anteayer*. Sin embargo, precisamente en Rut 2,11, que es la cita ofrecida en este caso, Vlg. lee *ante*].

<sup>655</sup>Angustia. Aflicción.

<sup>656</sup>Condición mísera.

<sup>657</sup>Tiempo inoportuno.